

## RELIGIÓN Y TRABAJO

El problema social no es de ayer: quedó planteado el mismo día en que los hombres tuvieron que servirse de sus semejantes para el logro de sus fines en la Tierra.

En su acepción virtual, era ya un hecho en los tiempos más remotos. Vivía vida latente en la oropelesca civilización de las ciudades bañadas por el Éufrates y el Tigris; en las severas leyes espartanas y en las odiosas macedónicas, que establecían el privilegio de castas. Era una semilla que en la Edad Media germinaba bajo las capas del mundo feudal y que la extinta centuria, por antonomasia llamada de las luces, ha visto brotar, crecer pujante y extenderse cual amenazadora hiedra por todos los ángulos del gran edificio social.

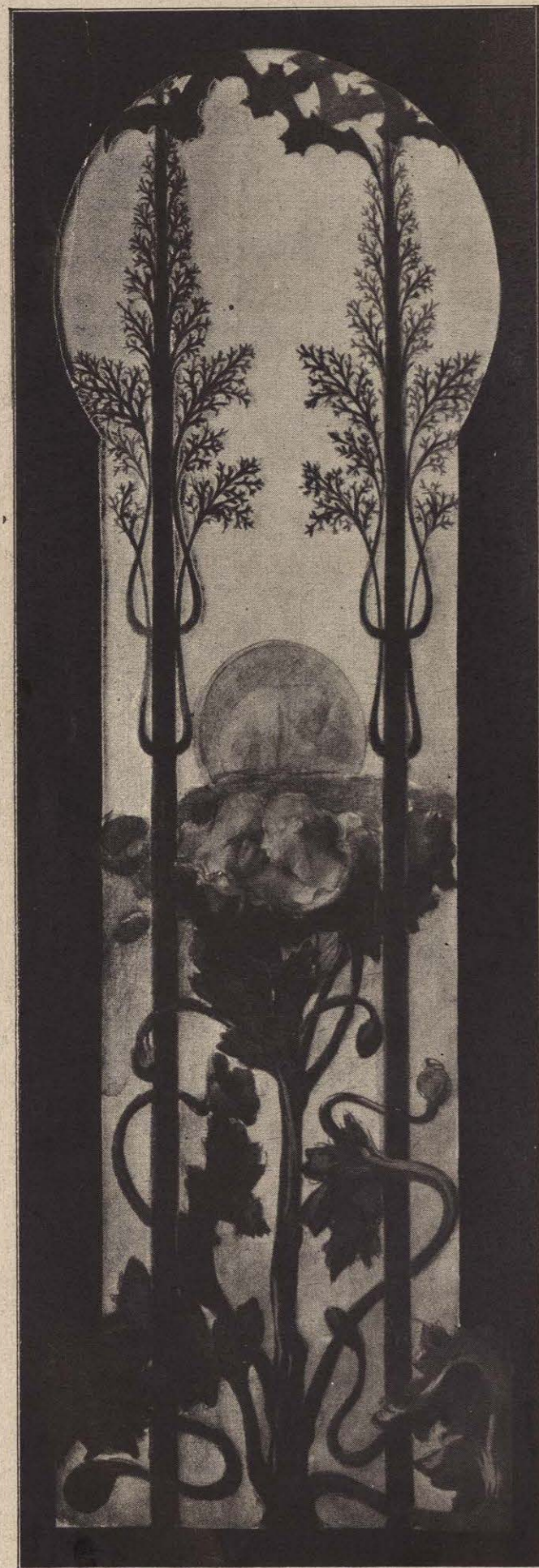
Sin remontarnos á su origen, que podríamos llamar *caótico*; sin detenernos en aquel lapso evolutivo, dilatado y complejo de la familia humana, mirémosle en su actual estado de desarrollo, en el momento crítico

que señala un jalón entre el secular predominio del capital y la protesta de su medio generador, representado por la mano del hombre, símbolo y emblema de todas las herramientas auxiliares y productoras del trabajo.

La manifestación *activa* de la doctrina socialista tiene fatal razón de ser en nuestros tiempos, á la manera que todo invento y descubrimiento se realiza cuando de su aplicación se desprende una imperiosa necesidad.

Efectivamente: estudiando los más famosos, se ve que surgieron en el momento histórico señalado por sensibles transformaciones en el dual orden político-sociológico, y que no fueron causa de tales evoluciones, sino efectos precisos de nuevas fases y otros destinos abiertos al paso de la humanidad por el planeta.

Así también, estudiando la naturaleza y los caracteres del socialismo,



AURORA Y OCASO; por VÍCTOR MASRIERA y VILA.

Primera medalla (Arte decorativo) en la última Exposición general de Bellas Artes.



«AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS» — PINTURA MURAL; por LUIS GARCÍA SAMPEDRO.

Tercera medalla (Arte decorativo) en la última Exposición general de Bellas Artes.

se comprende su existencia como derivación lógica de teorías hijas á su vez del siglo XIX y de sus obras.

Y ¡quién lo dijera!, apenas nacido á la vida de la acción el credo socialista, sus prosélitos llenan ya el mundo, cual en los primeros siglos de nuestra Era llenaban los cristianos las catacumbas romanas y los circos del martirio. De los modernos socialistas, podría decirse lo que Tertuliano decía de los neófitos convertidos á la religión del Redentor: «Estos cristianos se reproducen asombrosamente; de todos los rincones salen veinte; nadie está seguro, ni yo mismo, que temo seguir su ejemplo.»

Y es que el pensamiento, aunque mero soplo, tiene el poder de conmovier al universo.

Un soplo inflamó la mente de Lutero, y provocó la célebre *querrela de frailes* que produjo la *Reforma*; un soplo iluminó el espíritu de Colón, y le condujo en el apocalíptico viaje que debía dilatar los confines geográficos del globo; otro soplo, movido en la imaginación de Guttemberg, ensanchó los del saber con la invención de los caracteres móviles aplicados á la imprenta... soplos, ráfagas y nada más, han en todo tiempo encendido la inspiración de los poetas, caldeado la mente de los pensadores y avivado todas las fantasías de la imaginación. La idea, ora despertando con susurros de blanda brisa, ora con rugidos de tempestad, aquí placida y risueña, allí fervida y arrollada, genera las más fecundas energías y determina las más hondas transformaciones.

Pero las ideas no brotan al azar. Al igual que los fenómenos inexplicables en apariencia, son perfectamente explicables, si con buen tino se penetra en su naturaleza é indaga la razón de su existencia.

En el mismo caso se nos presenta el pensamiento socialista, que hoy día tiende á dominar en los entendimientos y á enseñorearse de las inteligencias.

Abarcado en sus varias formas, comprendido en sus fines y anhelos, fácil cosa debe ser el mirarlo sin recelos ni temores; que el socialismo, en el genuino sentido de la palabra, constituye un problema harto definible, á poco que en su solución concentren su interés y sus propósitos las múltiples y complejas fuerzas de la sociedad.

Tan cierto es esto, que si se considera la utilidad material del trabajo productivo alternado con la práctica de la sana moral, se impone ante la influencia de uno y otra la negación é imposibilidad de todos los males sociales, en otros términos, se encuentra la solución de las más pavorosas cuestiones que vienen debatiéndose en el agitado palenque de la vida.

Mas ¿en qué consiste el verdadero socialismo; qué es y á qué aspira? «La única potencia creadora de toda riqueza, es el trabajo; el único productor, el obrero», se ha dicho, no sin razón; de lo cual se ha querido deducir una consecuencia vulnerable, á saber, que por ser materialmente imposible á un hombre producir por sí solo la cantidad suficiente de trabajo proporcional á la cantidad de bienes, las riquezas, consideradas desde el punto de vista de la crematística, se apoyan en un derecho de moralidad dudosa.

Esta argumentación sofisticada, basada en puros abstruccionismos de la razón, viene sirviendo de punto de partida para sus disquisiciones á todos los enemigos de la propiedad individual, desde Proudhon, que tanto exacerbó las iras de los diputados de la Cámara francesa, haciendo famoso *aquello* de que *la propiedad es un robo*, frase cuya verdadera paternidad pertenece á Brissot y cuyo espíritu está encerrado en un célebre cuento satírico de Voltaire.

¡La igualdad absoluta!... La absoluta igualdad es una utopía, un imposible, como es imposible y utópica la absoluta libertad.

La libertad así establecida, sin límites ni freno, sería la negación de la misma libertad, la negación de la sociedad y aun de la propia especie humana, por cuanto, perteneciendo y estando todo sometido al arbitrio de la fuerza indomable, esa fuerza todo lo arrollaría y aniquilaría. Así también la igualdad que defienden algunos teóricos y en que sueñan los proletariados faltos de resignación y de fe, jamás podrá ser un hecho empírico y sancionado por las leyes, nunca impunemente conculcadas, de la justicia.

Si la dicha y la dignidad del individuo se fundaran en el triunfo de esa doctrina que aspira á barrer categorías, nivelar clases é igualar fortunas, la máquina del progreso dejaría de funcionar en el acto y radicalmente; marchitarían los ideales, morirían las nobles ambiciones y cesaría la lucha. Sobrevendría un equilibrio funestamente perfecto, que precipitaría al mundo social en el abismo de la inmovilidad, término negativo de la vida; de la vida, que no puede existir sin el movimiento, que carece de encantos sin la luz de la esperanza, de calor sin el fuego de las pasiones, y que, cual las fantásticas montañas del nevado polo, es triste y helada si no la fecunda el sol de las ideas.

La misma naturaleza, obedeciendo inconscientemente á la voluntad de Dios, nos demuestra que la igualdad es una pura abstracción.

Véanse, sino, las hondas diferencias que establece entre los productos de un orden común.

A todos los seres humanos, salvo raros ejemplos de deformidad fisiológica ó anatómica, concede un encéfalo, cuarenta y tres pares de nervios perfectamente simétricos, dos manos, iguales articulaciones, idéntica estructura; para todos elabora en la trama impalpable del éter el mismo oxígeno de que se nutre el organismo, y á todos suministra gratuitamente el calórico indispensable á sus funciones. Hasta aquí, la igualdad no es un mito; es una ley precisa, incontrovertible. Pero esta uniformidad en el sistema de repartir sus propiedades la naturaleza, no puede aceptarse como argumento válido en pró de una igualdad que ninguna analogía guarda con la que persigue el socialismo; porque tanto valdría, recíprocamente, negar la única y verdadera igualdad, la que emana de los derechos civiles, fundándose, verbi gracia, en que unos hombres nacen mejor dotados que otros en lo físico y en lo moral, en que unos salen con la inteligencia roma y otros resultan genios, en que hay razas, familias é individuos fuertes, sagaces y hermosos, al paso que los hay también débiles, tardos de entendimiento y de fisonomía y catadura repugnantes.

Estas sí que son *diferencias* en las que se puede reconocer el principio de las infinitas que los hombres ofrecen entre sí. Acaso no sea paradójico sentar que en esos fenómenos naturales, ó al parecer caprichos de la madre común, está la explicación de las llamadas injusticias sociales.

Y sin embargo, por exceso de soberbia ó por falta de reflexión, se clama y truena contra un estado de cosas en el que el hombre desempeña de modo inconsciente y fatal una doble función: la de agente é instrumento.

Problema irresoluble, el problema sociológico; cuestión terrible, la cuestión social... No, ciertamente:

*Ce qui crée un peuple, ce qui le fait ce qu'il est, c'est la famille, l'atelier et l'école*, dijo el ilustre Julio Simón. Palabras hermosas, dictadas por el mismo criterio de alto sentido sociológico-moral que inspiró estas

SEVILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
1888

RAMON TUSQUETS



JUEGA EN LA TERRAZA

Adquirido por don Eduardo Sevilla.